

Libros del Asteroide





Coral Glynn

Libros del Asteroide

A*



Peter Cameron

Coral Glynn

Traducción de Patricia Antón

Libros del Asteroide

Libros del Asteroide 



Primera edición, 2013
Título original: *Coral Glynn*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Coral Glynn, © 2011 by Peter Cameron

© de la traducción, Patricia Antón de Vez, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-52-0
Depósito legal: B. 17.240-2013
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Florent



Había resuelto no conformarse con una vida inerte, como la que claramente esperaban que tuviera aquellos pocos que sabían algo de ella. Saldría al mundo, a ver si encontraba alguno de esos placeres sobre los que había leído en los libros.

ANTHONY TROLLOPE, *Miss Mackenzie*

Libros del Asteroide





PRIMERA PARTE

Libros del Asteroide



Aquella primavera, la de 1950, había sido especialmente húmeda.

En Hart House se inundó toda una zona al fondo del jardín y se formó una charca poco profunda donde los azafranes asomaban animosos sus cabezuelas, como niños temblando de frío en una clase de natación. La gravilla clara en los senderos del jardín se había vuelto verde, cada piedrecita envuelta en una capa húmeda y transparente de cieno, y no podía uno sentarse en los dos bancos de cemento que flanqueaban la puerta que daba al río sin descolocar primero a los caracoles y babosas adheridos a ellos.

La humedad excesiva del jardín no le preocupaba a nadie en Hart House, salvo a la nueva enfermera, que había llegado el jueves y que, las dos tardes que hizo más o menos buen tiempo, había intentado sentarse fuera un rato, lejos de la tensión y la enfermedad que reinaban en la casa. Pero el jardín le parecía inhóspito, de modo que había decidido quedarse dentro.

Oficialmente, al menos, solo era la enfermera de la anciana señora Hart, que se estaba muriendo de cáncer.

Su hijo, el comandante Hart, herido en la guerra, a quien parecía faltarle una pierna o parte de ella y que se movía con la rigidez de una extraña marioneta, no tenía necesidad de una enfermera. Oficialmente, al menos.

Coral Glynn era la tercera enfermera en otros tantos meses; no estaba muy claro qué había llevado a marcharse a sus predecesoras, aunque en el pueblo la cuestión había dado pie a muchas conjeturas. En primer lugar se pensó que el comandante podía ser un Lotario y que habría hecho insinuaciones vergonzosas, aunque nunca había actuado de semejante manera; de hecho, siempre había parecido ajeno a cualquier clase de romance. Cuando la segunda enfermera, que era bastante vieja, se marchó con la misma rapidez, todos dieron por sentado que la señora Hart era imposible, pues los moribundos suelen serlo, y Edith Hart ya había puesto a prueba la paciencia de la gente cuando gozaba de buena salud. La nueva enfermera, la tercera, volvía a ser joven, y se esperaba verla poner tierra de por medio el día menos pensado, ya fuera por culpa de una seducción no deseada o de maltratos.

Había otra persona en la casa además de Coral y la señora y el comandante Hart: una anciana, una tal señora Prence, que hacía las veces de cocinera y ama de llaves. Antes de la guerra habían tenido una cocinera propiamente dicha y una criada, pero ahora todas las tareas de la casa recaían en la señora Prence, quien las sobrellevaba con gruñona sumisión.

Hart House se hallaba a varios kilómetros de Harrington, en Leicestershire. Se alzaba sobre una loma en la vega del río Tarle, cerca del bosque de Sap Green. No había otras casas a la vista, pues la vega se inundaba



con frecuencia, y el aire, muy húmedo, se consideraba poco salubre.

En su primera velada en la casa, Coral bajó por las escaleras tras haber acostado a la señora Hart, y se encontró a su hijo de pie en el vestíbulo. Aunque estaba muy enferma, la anciana insistía en seguir con la monótona rutina cotidiana de levantarse y vestirse; le hacían la cama y la trasladaban a una *chaise longue* donde echaba sueñecitos y se revolvía con inquietud, envuelta en una manta, hasta después de cenar, momento en que la desvestían y lavaban y volvían a meterla en la cama. Esta última era una empresa complicada, porque se trataba de una cama con dosel a la que había que encaramar a la anciana, pues ya no podía subir los peldaños de madera que habitualmente servían de acceso. Se negaba a dormir en otro sitio: afirmaba que había nacido en aquella cama (aunque en realidad no era así) y que moriría en ella. O más bien subiéndose a ella, pensaba Coral. Así que la joven estaba más agotada que de costumbre —por la combinación del viaje y la llegada, por todo el ajetreo de instalarse, conocer a su nueva paciente y tener que subirla a aquella ridícula cama— y no le hizo mucha gracia ver al comandante Hart esperando al pie de las escaleras, apoyado en el bastón. Coral se detuvo en el rellano y lo miró. Él trataba de que su postura pareciera desenfadada, pero no podía disimular la utilidad práctica del bastón.

—¿Cómo está madre? —quiso saber.

«¿Qué se yo? —se dijo Coral—. No sé qué espera la gente, qué pesadez. Pues claro que su madre no está

bien, si no, yo no estaría aquí. Y como he llegado hoy, no tengo con qué comparar su estado de salud. ¿Y por qué la llama “madre”? ¿Por qué no ha dicho “mi madre”?»

—Su madre está débil y un poco angustiada —respondió—, pero yo la veo estable. Le he puesto una inyección. Debería dormir toda la noche.

—¿Tiene muchos dolores?

—No —repuso Coral—. La inyección aliviará cualquier dolor que pueda tener.

—Ah —soltó el comandante como si ella hubiese dicho algo ingenioso. Se miraba las manos. Una aferraba la empuñadura del bastón y la otra aferraba a su compañera.

De algún lugar les llegó el tintineo de un reloj —la casa era grande y estaba llena de relojes que tintineaban o daban suaves campanadas— y Coral fue súbitamente consciente del viento que soplaba fuera, de la humedad. Qué lejos de todo estaba aquella casa. Se estremeció.

El comandante Hart alzó la vista y la miró como si hubiese oído sus pensamientos. Coral se quedó muy quieta, sin ganas de moverse. Qué cansada estaba. Tendió la mano para apoyarla en la barandilla. Levantó la vista hacia el techo artesonado y distante. Pensó en su cansancio y en la pequeña habitación en la buhardilla que le habían enseñado, una habitación que ahora era suya y donde la estrecha cama no estaba hecha: solo había un colchón desnudo sobre el burdo armazón de hierro, con un minucioso mapa de antiquísimas manchas y con las sábanas amontonadas a los pies. «¿Y por qué debería haber esperado otra cosa? —se dijo—. ¿Quién iba a hacerme la cama a mí? Debería alegrarme

de tener siquiera una cama y una habitación, por pequeña que sea; con la de gente que hay que no tiene habitaciones ni camas...»

—Se me ha ocurrido que a lo mejor... —empezó el comandante Hart, pero se interrumpió.

—¿Sí? —repuso ella, pero captó el agotamiento y el rechazo en su voz, y repitió con tono más dulce—: ¿Sí?

—Pensaba que a lo mejor le apetecería un poco de brandy, o un té quizá, delante del fuego. Pero igual está demasiado cansada.

—No, no —contestó Coral—. Gracias. Me encantaría tomar un poco de brandy, solo una copita.

—Me parece que ha tenido usted un día muy largo —comentó él. Retrocedió con torpeza unos pasos para hacerle sitio al pie de las escaleras.

—Sí —repuso Coral, y acabó de bajar.

Se toqueteó el pelo y lo siguió hasta la biblioteca en penumbra, con las cortinas corridas y solo una tenue lamparita sobre el escritorio y un fuego ardiendo suavemente en la chimenea. El comandante dio la vuelta a su butaca para que quedara frente a la que había junto al fuego y que había colocado allí para ella, o eso le pareció a Coral. Sirvió un poco de brandy en una copa y se la tendió, y durante un instante ella no la cogió; se limitó a dejarla ahí entre ambos, ambarina bajo el resplandor del fuego. Le pareció todo un obsequio.

—Gracias. Muy amable.

Él no dijo nada, y Coral no pudo descifrar su expresión en la penumbra. Tenía un rostro dulce, atractivo, y aunque las manos le temblaban, sus facciones transmitían una calma absoluta, casi sobrecogedora.

—¿Usted no toma? —preguntó.



Por toda respuesta, el comandante se sirvió una copa. La tendió hacia ella, pero las llamas se habían movido y el líquido continuó viéndose oscuro.

—Bienvenida a Hart House.

Coral entrechocó su copa con la del comandante y luego se la llevó a los labios y bebió. El brandy estaba delicioso y ardiente; le hizo recobrar el ánimo, la centró. Durante un instante se sintió a punto de llorar, pues el brandy tenía también ese poder, pero supo contenerse.

Se sentaron en las butaquitas junto al fuego.

—Espero que sea feliz aquí —empezó él—. Confío en que mi madre no sea una carga demasiado pesada.

—No, qué va —repuso Coral—. No es una carga, en absoluto; ningún paciente lo es.

—Claro, claro. Visto de esa manera, supongo que no. Ella no supo qué responder, de modo que no dijo nada.

—¿De dónde es usted? —se interesó el comandante.

—De Huddlesford.

—Vaya, Huddlesford —repuso él.

—Aquí la primavera llega muy tarde —comentó Coral.

—Sí. Siempre llega tarde.

—¿Es usted de aquí? —quiso saber ella.

—Sí. Me crié en esta casa. —Su mirada se dirigió al techo y luego recorrió la habitación en penumbra, como si hubiese algún rastro visible de su larga estancia en la casa—. ¿Tiene familia en Huddlesford?

—No —respondió Coral—. Mis padres murieron.

—¿Y no hay nadie más?

—Tenía un hermano, pero lo mataron en la guerra.

—¿Dónde estaba? —quiso saber el comandante.

—En El Alamein.

—Ah, en el desierto. ¿Fue en la primera batalla o en la segunda?

—En la primera —respondió Coral—. El dieciséis de julio.

—Lamento su pérdida.

Ella no contestó. El comandante miró la copa de brandy y tomó un sorbo. Luego volvió a mirar a Coral.

—¿Trabajó de enfermera en la guerra?

—No. Era demasiado joven.

—Claro, claro. Por supuesto que sí, perdone.

—Me hubiera gustado —añadió Coral.

—¿Cuánto lleva de enfermera, entonces?

—Dos años.

—¿Y siempre trabaja así?

—¿Qué quiere decir?

—¿Siempre atiende a los pacientes en sus casas?

—Sí —repuso Coral—. Soy enfermera a domicilio. Ahora cuesta mucho encontrar un puesto en los hospitales, porque hay muchas enfermeras de la guerra.

—Claro, ya me lo imagino. ¿Y lo de ser enfermera a domicilio le gusta? ¿No se siente sola, tan lejos de casa?

—No —contestó Coral—. Me viene bien.

—¿Va de un sitio a otro, de un empleo al siguiente?

—Sí.

—¿Y dónde está su hogar?

—No tengo hogar —repuso ella.

—¿De veras? ¿Ninguno, en ningún sitio?

—No —repitió Coral, y hubo algo definitivo en esa admisión, algo irreparable, como si la carencia de un hogar impidiera seguir manteniendo una conversación.

Se ocuparon de sus respectivas copas de brandy. La de Coral no tardó en quedar vacía. Se puso en pie.

—Gracias por la copa. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él.

Coral dejó la copa en la repisa de la chimenea y salió de la habitación. Subió por las escaleras dejándolo allí abajo, tan solo en la penumbra que casi le pareció sumergido en ella.

Una tarde razonablemente bonita, cuando la señora Hart dormía, Coral bajó a la cocina. La señora Prence leía una revista sentada a la mesa, pero alzó la vista y la observó bajar por las escaleras.

—Buenas tardes, señora Prence.

—Buenas tardes —contestó la señora Prence. Volvió a concentrar la atención en la revista.

—Pensaba salir a dar un paseíto —dijo Coral—, y me preguntaba si podría sugerirme algún sitio.

—¿Un paseo? —repitió la señora Prence con cierta suspicacia.

—Un paseíto. No muy lejos, para tomar un poco el aire solamente.

La señora Prence profirió un curioso sonido que dejó bien clara su opinión sobre tomar el aire.

—¿No hay ningún sitio donde se pueda pasear? —insistió Coral.

—Para pasear tiene el mundo entero —declaró la señora Prence.

—Ya, solo pensaba que igual había algún sitio pintoresco.

La señora Prence volvió a soltar el ruido de antes.

—Bueno —concluyó Coral—, supongo que si echo a andar ya encontraré algo.



—Al otro lado del río hay un bosque —admitió la señora Prence.

Coral, herida en su orgullo, no le pidió más detalles.

—Si sale por la puerta al fondo del jardín, gira a la derecha y continúa por la ribera del río, llegará a un puentecito. Crúcelo y estará en el bosque de Sap Green. Hay un sendero por el que pasea la gente.

—Gracias —dijo Coral.

El cielo estaba muy bajo; no se sabía muy bien si había una niebla densa o si caía una fina llovizna. Pero Coral no pensaba desistir por algo tan intrascendente como el tiempo que pudiera hacer. La pequeña charca del jardín se había extendido y apenas quedaba sitio para rodearla. Sus zapatos chapoteaban en la tierra encharcada. La puerta se había hinchado y tuvo que forcejear para abrirla. El río fluía rauda y crecido lamiendo con avidez las boscosas riberas, extrañamente silencioso. O a lo mejor siempre era así de silencioso. Coral pasó de largo por un bosque de acebos, el mayor que había visto nunca, cuyas hojas metalizadas refulgían con crudeza en la oscura espesura. Durante un instante le pareció que oía llorar a alguien. Se detuvo y comprendió que no era más que el extraño frufrú de las hojas de acebo movidas por el viento.

Las pocas tardes en que no llovía y la señora Hart dormía profundamente, Coral paseaba por el bosque de Sap Green. Exploraba los distintos senderos que lo recorrían. Cada uno emergía, sorprendentemente, a un

mundo distinto: un cementerio, un aeródromo abandonado, el jardín lleno de maleza de una vieja casa, la vega del río. Advirtió que no era un bosque muy grande, pero internarse en él producía, de todas formas, una sensación de aislamiento.

Un día, cuando salía del bosque al sendero que llevaba a Hart House, vio una figura solitaria de pie en el puente. La tarde estaba sombría y se sumía poco a poco en las tinieblas, y había algo inquietante en aquella figura alta y oscura perfectamente inmóvil en el puente, como un centinela. La reacción instintiva de Coral fue dar media vuelta e internarse de nuevo en el bosque a esperar a que la figura desapareciera para regresar a la casa, pero comprendió que la habían visto; la figura alzó una mano a modo de saludo y la dejó ahí como quien llama un taxi. Era el comandante.

Coral miró atrás, hacia el bosque, como si una figura similar llamara desde la dirección opuesta o como si hubiese alguien detrás de ella a quien el comandante saludara. Pero no había nada ni nadie, solo las oscuras entrañas del bosque, de modo que se vio obligada a seguir para encontrarse con el comandante en el puente.

—Hola —dijo él cuando Coral se acercaba—. Qué casualidad encontrarla aquí.

—Sí —contestó ella.

—¿Estaba paseando por el bosque?

—Sí —repitió Coral, como si no conociera otra palabra.

—Qué lástima de tiempo —comentó él—. Una primavera muy húmeda. Aun así, debe de gustarle salir un poco de la casa.

Coral estaba a punto de decir que sí otra vez, pero se contuvo.



Él la miró —ambos habían contemplado hasta entonces la corriente que discurría veloz debajo de ellos—, y aunque Coral notó su mirada, continuó escudriñando el agua como si buscara algo perdido en el fondo. Al cabo de unos instantes, el comandante miró hacia el bosque que ella acababa de abandonar.

—De niño conocía muy bien ese bosque. Ahí paseaba y jugaba. En aquel entonces era mucho más grande y más salvaje. Bueno, no era en absoluto salvaje, pero a mí me lo parecía. Ya sabe, el punto de vista de un crío. —Hizo una pausa como si esperase algún comentario sobre aquel recuerdo, pero ella no dijo nada, de modo que prosiguió—: Ahora me cuesta mucho caminar por el bosque, porque el terreno es muy irregular. Me las apaña bien con el bastón siempre y cuando sea llano. Es patético, la verdad. —Dio golpecitos con el bastón contra la barandilla del puente.

—¿Qué pasó? —quiso saber Coral.

Tenía la vista fija en el bastón, pero ambos sabían que en realidad le miraba las piernas. El comandante llevaba pantalones de *tweed* verde y botas de piel con cordones. Se veían impecables y de piel muy buena y flexible; eran de un precioso color castaño.

—¿Se refiere a mi herida?

—Sí. Me lo preguntaba, pero a lo mejor no le gusta hablar de eso.

—Supongo que siendo enfermera como es...

—¿Sí?

—Supongo que, siendo enfermera, esas cosas le interesan.

—Bueno, pues no —contestó Coral—. Solo me preguntaba qué pasó.

—Como la mayoría de chicas. Las chicas son raras con esto de las heridas, ¿no? No les gustan. Pero supongo que con las enfermeras no pasa.

—Solo me preguntaba qué pasó —repitió Coral, dando nuevas muestras, por lo visto, de la escasez de su vocabulario.

—Me hirieron en la pierna derecha y sufrí unas quemaduras terribles en la izquierda. Llevo un aparato ortopédico.

—Pues parece apañarse muy bien con él.

—Como le decía, puedo arreglármelas si decido ir por el buen camino, el que le corresponde a un hombre como yo. Pero echo de menos el bosque. De niño tenía un fuerte donde jugaba a soldados. Me pregunto qué habrá sido de él.

—A lo mejor podría ayudarle, si quiere —propuso Coral.

—¿Ayudarme a qué?

—A caminar por el bosque.

—Perdone, pero eso es imposible. No pienso tolerar que me lleven de aquí para allá como a un inválido.

—Por supuesto —repuso ella—. Lo siento.

—No, el que lo siente soy yo, se lo aseguro.

Coral no dijo nada. Debajo del puente apareció un gato y se sentó en la ribera a lamerse las patas.

—Ese es *Pippin* —dijo el comandante—. El gato de mi madre. Se escapó cuando se puso enferma y no se deja ver mucho. ¡*Pippin*! —exclamó, pero el gato hizo caso omiso—. Qué raros son los animales, ¿no cree? Hacen frente a las cosas de forma muy distinta a los humanos.

—Sí —contestó Coral.

—Está oscureciendo. No pretendía interrumpir su

paseo. Debe de valorar mucho el tiempo que pasa lejos de madre. Como *Pippin*.

—No, no... —empezó Coral, pero el comandante dio media vuelta y echó a andar por el puente hacia la casa. Coral esperó a que desapareciera tras la puerta del jardín para seguirlo. Mientras esperaba, la oscuridad se volvió absoluta.

Aquella noche, cuando Coral bajaba con la bandeja de la cena para llevársela a la señora Prence a la cocina, el comandante salió de la biblioteca.

—Ah... hola —soltó, como si le sorprendiera verla bajar por las escaleras; no podía haberse tratado de nadie más, a menos que su madre se hubiese recuperado milagrosamente.

—Buenas noches, comandante Hart.

—Sí. Buenas noches, señorita Glynn. Solamente quería decirle... quería que supiera que lamento lo que le he dicho esta tarde y el modo en que le he hablado.

—No es necesario que se disculpe. Yo...

—No, no, debo hacerlo. Por favor, permítamelo. Usted solo estaba siendo amable, y yo he sido muy poco caballeroso. Perdóneme.

—Sí, por supuesto.

—Es extraño que se sienta más cómoda que yo con la deformidad. Me ha costado bastante aceptar cómo soy ahora.

—Está usted bien —repuso Coral—. De veras que sí. Está vivo.

—Y ahora me avergüenzo, porque tiene toda la razón. No tengo el menor motivo para compadecer-

me de mí mismo o para desear ser de otra manera.

—Solo con pensar en mi hermano...

—Por supuesto —interrumpió el comandante—, y qué falta de sensibilidad por mi parte. Ahora debe perdonarme por eso también.

—Tengo que devolverle esta bandeja a la señora Prence —dijo Coral—. No quiero tenerla esperando. Y he de acostar a su madre.

—Claro, claro —repuso él—. ¿Cómo está madre?

—Me parece que se está consumiendo. ¿Quiere sentarse con ella un ratito?

El comandante miró hacia la habitación donde, escaleras arriba, su madre yacía moribunda.

—No —contestó—. Hace mucho que todo acabó entre nosotros.

A Coral no se le ocurrió ninguna respuesta a semejante confesión, de modo que empujó con el hombro la puerta de la cocina y bajó con la bandeja. Cuando volvió al vestíbulo, el comandante había desaparecido y la puerta de la biblioteca estaba cerrada. Se detuvo un momento delante de ella a escuchar, pero no oyó nada.

Clement Hart era un hombre solitario, pero tenía un amigo, un amigo de juventud por quien sentía mucho afecto. Él y Robin Lofting se conocían desde niños; habían ido juntos a la escuela primaria; sus madres habían sido amigas y solían pasar juntos las vacaciones de verano en Tismouth, donde los Lofting alquilaban una casa en la playa. Robin seguía viviendo cerca, y todos los jueves se reunía con él en el Black Swan para pasar la velada tomando un par de cervezas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Robin.

—No lo sé —respondió Clement—. Igual, supongo. Qué espanto morir así. Preferiría que me pegaran un tiro en la cabeza.

—Qué idea tan alegre —comentó Robin.

—Es que desearía que la gente se marchara cuando le llega su hora.

—Te recuerdo que estamos hablando de tu madre.

—Sí, y sabes mejor que nadie que tengo derecho a hablar así. Ojalá tuviese una madre alegre y feliz como la tuya.

—Pues con Rosalie tampoco es que todo fuera un camino de rosas.

—Ya, pero al menos le gustaban los niños. O la gente en general, ya puestos. No creo que mi madre haya conocido nunca a una persona que le gustara. Y eso incluye a mi padre, claro. Qué mujer tan horrible. Tengo que contenerme para no echar a correr escaleras arriba y ahogarla con una almohada.

—¿Tenéis una enfermera nueva?

—Sí.

—¿Momia o casadera?

—Esta me gusta bastante. Una chica agradable.

—¿Núbil, entonces?

—Vaya cabrón estás hecho, Robin. Como si te hubiera importado alguna vez que una chica fuese núbil.

—Núbil no, pero noble sí, quizá. Pero somos dos hombres bebiendo en un pub y nos toca decir ciertas cosas, ¿no te parece? Por las apariencias, al menos.

—Ay, Dios. Como si las apariencias me importaran. Me gustaría largarme a algún sitio y llevar una vida de ermitaño.

—Creo que antes la gente tenía ermitaños, daba un toque pintoresco. Construían ruinas falsas y caprichos en sus tierras. Pero no creo que ahora eso pase mucho. Claro que siempre puedes hacerte ermitaño en el bosque de Sap Green. Dolly podría llevarte guisos.

—¿Cómo anda Dolly?

—Dolly nunca cambia. Es parte de su encanto, o su encanto entero, tal vez. En ese sentido se parece un poco a un perro.

—No deberías comparar a tu mujer con un perro, Robin.

—Pero si lo digo en el mejor sentido posible. Me encantan los perros. Excepto los de Dolly, por supuesto, que son criaturas completamente abominables. Eso sí, son muy leales, como ella. Ojalá te casaras.

—¿Por qué?

—Porque así seríamos iguales. Los dos tendríamos esposa. La historia habría llegado a su fin.

—¿Qué historia?

—La nuestra —repuso Robin.

—Ya ha llegado a su fin. Hace mucho tiempo que lo hizo.

—Pero no formalmente —insistió Robin—. La narración se detuvo, pero en realidad no tuvo un final, ¿no?

—No sé de qué hablas, ni idea.

—Vamos, no me pongas triste. Sabes muy bien de qué hablo.

—Pero hablar de eso no tiene sentido. Está olvidado.

—Yo no creo que lo esté. Y el hecho de que hablemos de no hablar de ello lo prueba.

—Cállate ya —espetó Clement—. Ve a por otra ronda.

Robin se acercó a la barra en busca de dos pintas de

cerveza más. A la vuelta, cuando se abría paso por el abarrotado local, vio a su amigo sentado a solas bajo la luz mortecina, contemplándose las manos, apoyadas ante sí sobre la mesa. Parecía estudiarlas por algún extraño motivo, como si alguien fuera a pedirle más adelante que las identificara entre un gran surtido de manos cortadas. Robin se detuvo un instante, impresionado ante la belleza del triste rostro de Clement, y el amor que sentía por su amigo casi se le antojó un dolor insoportable.

Fingió ser un camarero y dejó los dos vasos sobre la mesa, uno delante de Clement y el otro ante su sitio vacío.

—¿Le traigo algo más, señor?

Clement alzó la vista, captó el amor en los ojos de Robin y apartó rápidamente la mirada.

—Siéntate, idiota —dijo.

Robin se sentó.

Clement se había llevado las manos al regazo, pero contemplaba el vaso de cerveza con la misma absorbente concentración.

—A lo mejor sí debería casarme —declaró—. A lo mejor debería casarme con Coral Glynn.

—¿Con Coral Glynn? ¿Quién es Coral Glynn?

—La enfermera —explicó Clement—. La enfermera de madre.

—Tu madre no te dejó casarte con la hija de un industrial. Nunca te permitirá hacerlo con una enfermera.

—Mi madre habrá muerto —repuso Clement—. Además, ya no tengo que rendirle cuentas.

—Tampoco tenías que rendírselas entonces —le recordó Robin—. Ya eras un hombre.



—Accedí a esperar hasta después de la guerra. No tenía sentido casarse en aquel momento. Eso mismo lo pensaba mucha gente.

—Sí que lo tenía si querías a Jean. Está visto que para ella sí que tenía sentido casarse durante la guerra, aunque ya se hubiera comprometido contigo.

—Bueno, todo eso pertenece al pasado —concluyó Clement.

—Todo pertenece al pasado —repuso Robin—. Todo lo que conocemos, quiero decir.

—No te pongas filosófico, por favor. No va contigo.

Robin se inclinó para sorber del vaso de cerveza demasiado lleno, y luego lo cogió y se lo llevó a los labios. Bebió y volvió a dejarlo.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo de casarte con la enfermera?

—Claro que no. Era solo una idea.

—Pues a lo mejor es buena idea —comentó Robin.

—Es una chica encantadora. La verdad es que me gusta.

—Parece motivo suficiente para casarse con ella. Mayor motivo del que tuve yo.

—Y es mi última oportunidad —añadió Clement—. Si me hago ermitaño no conoceré a más chicas.

—Igual te encuentras a alguna Diana de los bosques —dijo Robin—. Nunca se sabe.

—Qué va. Si madre se muere... cuando madre se muera y esta chica se vaya me haré ermitaño, pero no en el bosque. Seré el ermitaño de Hart House.

—Tonterías. Tú y yo seguiremos reuniéndonos aquí, y de vez en cuando te llevaré a rastras a Londres. Igual te conviertes en un alegre libertino y todo. Y Dolly y yo te invitaremos a casa; Dolly se traerá a todas sus amigas

dentudas y patizambas y se ocupará de que te cases con una de ellas. Aún tiene más ganas de verte casado que yo.

—Mayor motivo entonces para que me case con Coral.

—¿Qué tal tiene los dientes? ¿Y los pies?

—Perfectamente normales, por lo que recuerdo. Pero tampoco es que los haya estudiado.

—Igual deberías hacerlo. O, mejor incluso, debería hacerlo yo. Tengo que ir a conocer a esa enfermera. Yo sé mejor que nadie qué clase de chica te conviene. O tráetela a casa, a cenar o algo así.

—No puedo —repuso Clement—. Está aquí para cuidar a mi madre moribunda, no para andar saliendo por ahí conmigo. Además, apenas he cruzado palabra con ella.

—¿Y cómo sabes que te gusta? Cómo hablan las mujeres, y lo que dicen, importa lo suyo, creo yo. Claro que Dolly solo se volvió insoportablemente locuaz después del «sí quiero». Dos palabritas de nada, dos gotitas reveladoras antes del diluvio.

—Qué cruel eres siempre con Dolly, aunque sé que la quieres. Creo que lo haces por mí, y no hace falta. Me alegro de que la quieras.

—Bueno, pues solo la quiero para tenerte contento. Es mi forma de quererte.

Semejante admisión dejó aturdido a Clement. No dijo nada.

—Iré a conocer a esa Coral Glynn —dijo Robin— y decidiré si debes casarte con ella. No olvides que con Jean no me equivoqué, pero entonces no quisiste escucharme. Escuchaste a tu madre.



—¿Cómo vas a conocerla? Siempre está con mi madre. O abajo, en la cocina, con la señora Prence, o arriba en su habitación. Yo mismo tengo que andar al acecho para poder verla.

—Yo soy más listo que tú. Y tengo un plan: te visitaré, tropezaré con la alfombra de la chimenea y me torceré el tobillo o algo así; tendremos que llamarla para que me atienda en calidad de único profesional médico disponible.

—Qué plan tan absurdo. Te examinará el tobillo y verá al instante que estás fingiendo. Además, no sé si me hace mucha gracia que te vea los tobillos.

—¿Crees que mis tobillos son especialmente atractivos? ¿Te preocupa que le eche un vistazo a mi precioso tobillo y se enamore de mí? A ti te gustaban mis pies, si no recuerdo mal.

—Cállate ya —espetó Clement.

—Pues entonces será el apéndice. Algo que no pueda mirar directamente. O me marearé. Me pondré enfermo de alguna manera que no pueda resultarle ni falsa ni estimulante. Así conoceré a tu Coral Glynn y decidiré si tienes que casarte o no con ella. ¿Cómo es? Descríbemela.

—Es guapa, me parece, aunque quizá un poco del montón.

—Bueno, mejor del montón de las guapas que del montón de las feas. ¿Morena o rubia?

—Morena, el pelo y los ojos, al menos. Y es alta y delgada. No habla mucho, y tiene una sonrisa preciosa.

—¿Y qué tipo tiene?

—Ya te lo he dicho, es delgada.

—¿Tiene pecho?

—Pensaba que todas las mujeres tenían, no sé por qué.

—Sí, pero varían de tamaño. ¿De qué tamaño son los suyos?

—Qué pregunta tan extraordinaria. ¿Por qué ibas a interesarte por una cosa así?

—Porque, como he dicho antes, somos dos hombres hablando en un pub. Debemos hacer un esfuerzo por seguir el protocolo.

—Entonces lo máximo que puedo decirte es que su pecho, y no me gusta esa palabra, es perfectamente proporcionado.

—¿Qué palabra te gusta?

—No me gusta ninguna palabra. No me gusta el tema.

—A la mayoría de hombres sí. A los que se casan, al menos. Tendrás que hacer un esfuerzo.

—Creo que le gusto —dijo Clement—. A su manera tímida y callada, quiero decir. No es que sea obvio. Pero cuando estamos juntos, tengo la sensación...

—¿De qué?

—No lo sé. Tal vez solamente lo imagino. Hay algo, sin embargo... algo extraño. Insólito, quiero decir. Cierta sentimiento que me parece que compartimos.

—¿Y qué sentimiento es ese?

—No lo llamaría felicidad. Alivio, quizá. La sensación de que hay algo vivo entre los dos. Cierta conexión, supongo.

—Amor, tal vez —propuso Robin.

—Yo no iría tan lejos —repuso Clement.

—Ya lo sé. Tú nunca has llegado tan lejos.